

EL PUENTE DE LA VISIÓN

Ana Díez Vicente

1911. Un jovencísimo Marcel Duchamp queda prendado de una transeúnte parisina. Con la única inspiración de un fugaz cruce de miradas, se la inventa. Dulcinea decide llamarla. El lienzo que le dedica no intenta mostrar, como los cubistas, varias facetas de una misma figura sino cinco momentos del mismo personaje. Cinco instantes con Dulcinea, cinco Dulcineas distintas.

¿Acaso no te has sentido alguna vez sorprendido por un sentimiento, una acción o un comportamiento que ni tu mismo esperas de ti? Desconcertante, contradictorio y desconocido; cómo si surgiese de alguna parcela inexplorada hasta entonces de tu ser. Todos experimentamos la convivencia de nuestros “yos”, no necesariamente peligrosa y destructiva, como el caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, sino que en muchas ocasiones esta multiplicidad llega a resultar enriquecedora o por el contrario pasa totalmente inadvertida.

El escritor y filósofo Montaigne, ya decía que cualquiera que se estudie a si mismo hallará la discordancia y volubilidad. Citando sus palabras, “*Encuentro tanta diferencia entre yo y yo mismo, como entre yo y los demás*”.

Ana Díez Vicente, se ha estudiado, ha hallado sus “yos” y reflexiona sobre ello en su trabajo: *las Mujeres que me Habitan*. Bajo este sugerente título nos propone series fotográficas de las cuales tres: *Marlen*, *Océanos* y *Omara* se exponen en las Casas del Águila y La Parra, en Santillana del Mar, con motivo de la XIII Edición de *El Puente de la Visión*, que este año 2009 aborda el tema de la mujer.

Desde sus inicios en los 80 esta santanderina, la única cántabra de esta muestra, ha ido formándose en estrecho vínculo con la Universidad de Cantabria y el Espacio de Arte Contemporáneo Espacio C (Camargo, Cantabria). Sus obras han sido expuestas tanto en Ferias Internacionales como en Arco y ArteSantander, como en el Festival Internacional de Fotografía y Vídeo Foconorte o en Bienales Internacionales tales como la de Fotografía en Tenerife.

Su continua búsqueda de nuevos medios de expresión le convierte en una artista multidisciplinar. Experimentando con pintura, escultura, arquitectura, artes escénicas, performance, instalación o fotografía, indaga sobre temas en el que el ser humano es el epicentro, prestando atención a su relación con la sociedad (como en *Memoria de Sombras*, 2001, en la que critica la lucha violenta entre los hombres) con el entorno (obras más recientes de su colección *Territorios*, donde el espacio físico, natural o transformado, y el ser humano se influyen recíprocamente) y por último consigo mismo (especialmente en las series de *Retratos*).

Dentro de sus creaciones sobre el retrato se distinguen dos etapas claramente diferenciadas. Una primera, desde finales de los noventa hasta el 2005, que ella misma define como “Dentro por Fuera”, pretende mostrarnos el interior partiendo de lo externo y ahondar en el individuo, su singularidad y su diferencia, basándose en todo aquello que le rodea. Sus reflexiones le conducen a territorios inexplorados donde toma un

mayor protagonismo la introspección, los interrogantes sobre la propia identidad y el devenir del ser humano. Este viaje al interior caracteriza su segunda etapa, de madurez, en la que el orden se invierte, siendo ahora “Fuera por Dentro” y donde la mujer es la protagonista indiscutible. Muestra de ello, el título de la colección principal de este periodo: *Las Mujeres que me Habitan*. Proyecto que alberga bajo unas mismas directrices varias series fotográficas, la mayor parte de ellas con nombre de mujer. En algunas de ellas explora la identidad femenina con personajes que aluden a la libertad, la autodestrucción, el maltrato, la infancia o la creatividad, en otras de las series da un paso más, explorando esta vez su propia intimidad a través del autorretrato en una inmersión hacia un conocimiento más profundo de los múltiples “yos” que configuran su identidad.

Marlen, Ruth (*Océanos*), *Omara*, *La Dama del Alba*, *Salomé*. Otra vez cinco. Cinco mujeres que comparten un mismo hábitat, Ana. Dulcinea. Piezas de un puzzle, que dan lugar a la construcción de una sola imagen, una sola persona.

Marlen contempla una de las fotografías de la serie *Ambivalencias* sobre la pared de intenso y brillante color naranja. Deambula por las estancias de su casa cálida, explora su territorio. Ana Díez nos habla del hogar como segunda piel, un terreno para la intimidad, relacionando la identidad con el espacio, rompiendo las barreras entre lo público y lo privado. En él, su personaje se detiene. Se deja llevar. Sus acciones son recogidas en imágenes. Es una performance fotográfica. Como Duane Michals y su técnica de secuenciación, una serie de fotografías se unen para contar una historia. Ana Díez nos invita a buscar el relato, sugiere que alberga una narratividad pero no cerrada y definida, brinda al espectador la posibilidad de imaginar.

Su proceso creativo brota de un determinado momento personal, de las sensaciones y emociones, que se hacen visibles en el resultado final. Aflora de los instintos, las pulsiones, lo intuitivo, lo visceral. Emerge desde las entrañas. De hecho, algunas imágenes están tomadas desde el ombligo que ella misma califica como “ojo sensitivo”.

Una de las claves de su obra que no pasa inadvertida en esta serie, y que también se debe a ese carácter emocional de su proceso, es el movimiento. *Marlen*, como muchos de sus personajes, se construye y deconstruye, parece evanescente, etérea. Difuminada como una estela, roza lo abstracto. Culminando en la fotografía que cierra la serie, donde artista y obra se funden en una imagen difícil de descifrar. Con ello genera nuevas realidades, intangibles o tangibles.

El movimiento siempre ha supuesto una dificultad en la historia del arte y el interés por generarlo ha sido una constante. Ya Botticelli, intentó dejar claro que su céfiro era el creador de ese viento, ese movimiento que despeinó el cabello de su Venus en mechones ingravidos. Recurso ingenuo para nuestra mirada del siglo XXI, un movimiento inmóvil. Con *Desnudo bajando una escalera*, Marcel Duchamp incorpora el movimiento, revolucionando un género tradicionalmente estático, el desnudo. Ana Díez también hace bajar a su personaje, desnuda, por una escalera, sugiriendo la movilidad de su cuerpo, fugaz y fragmentado. En los albores de la fotografía, el tiempo de exposición era inevitablemente largo, de ahí la sorpresa al ver que al intentar captar algo que se movía el resultado fuera

borroso. Ana Díez nos remite a la velocidad recuperando esta falta de nitidez como metáfora de lo vertiginoso de nuestra cultura. Detiene el tiempo.

Omara no se encuentra en el mismo hogar que *Marlen*, en este caso la artista se autorretrata en la habitación de una casa de huéspedes, situada en la Habana. El hecho de realizar esta performance en otro país, sumado a referencias a otras culturas, como el chador que porta la protagonista y su nombre, curiosamente de origen árabe “la que tiene larga vida”, aluden a la universalidad de la mujer y de la obra de Ana Díez.

Sobre la cama y con el único acompañamiento de su velo, *Omara* realiza un ritual que la lleva a un viaje espiritual e introspectivo por los ciclos de la vida: el origen, la trasfiguración, la muerte y la reencarnación. Esta búsqueda del rito nos lleva a algunas de las influencias más perceptibles en su obra como son Marina Abramovic o Ana Mendieta.

Tanto en la serie *Omara* como en *Marlen*, es constante la aparición de flores que en ocasiones forman dípticos acompañando a otras imágenes. Su presencia establece una conexión entre sus protagonistas y lo natural, y se refiere a la mujer y a la flor como úteros; fuentes y orígenes de vida.

La protagonista de *Océanos*, Ruth, nos lleva a reflexionar sobre el “yo” más sentimental. Sobre un fondo ondeante, permanece acurrucada sobre si misma. La calidez de la carne contrasta con el frío y oscuro azul que nos remite a un océano, sublime, profundo y cuya grandeza es comparable con la inmensidad de los sentimientos de la mujer.

En estas tres series la artista muestra su desnudez, en sus propias palabras: “*mi propio cuerpo es un medio para la reflexión y el autoconocimiento.*” La representación del cuerpo femenino, un tema clásico, fue tema de controversia en los años setenta. Las artistas y críticas vinculadas al movimiento feminista tuvieron posturas enfrentadas. Por un lado algunas como Mary Kelly o Laura Mulvey pensaron que era imposible representar la desnudez femenina sin caer en el espectáculo y la objetualización, pensaron imposible deshacerse de la visión patriarcal. Por otro lado, en la misma línea que Ana Díez, Judy Chicago o Carole Schneemann hacían uso de su cuerpo como objeto y sujeto de sus creaciones.

Las de Ana Díez son mujeres que ocultan el rostro, mujeres anónimas, universales, atemporales, complejas, plurales. Huyendo de los estereotipos muestra una mujer que somos todas las mujeres, en la búsqueda no solo de sus “yos” si no también de un “yo” universal. Intentando recuperar una identidad femenina que no se vea eclipsada, como ha estado históricamente, por las visiones de una sociedad patriarcal.

Como conclusión, debemos ser conscientes de que el trabajo presentado por la artista no se trata solo de la autoexploración y descubrimiento de las mujeres que le habitan si no que supone una invitación a los espectadores para que despertemos del letargo, y abandonando la distante actitud ante el arte, nos atrevamos a realizar el mismo ejercicio que ella, reflexionando sobre nuestra propia identidad. Ella dice “*acudo a la creación por su poder como medio de expresión a través del cual manifestar sensaciones, como medio de sensibilización social y conocimiento del ser humano y como proceso de reflexión y autoconocimiento.*”

¡Qué mejor territorio que el arte para pensar sobre la vida! Obras como ventanas con vistas a nuestro caleidoscópico interior, que permitan conocernos y de esta forma entender mejor la vida.

1982. New Museum of Contemporary Art de Nueva York. Ana Mendieta, hablando de arte y política, pronunciaba las siguientes palabras: *“Estando dotada de pensamiento, ¿cómo puede una persona trascurrir por la vida sin cuestionarse a si misma? Y estando dotada de sentimiento, ¿Cómo puede quedarse indiferente?”*. En nuestras manos queda.

Sara Rodríguez y Noelia Tofé